Ecos de sociedad: la vida cortesana isabelina (1842-1846) que vio Washington Irving

Salvador García Castañeda
The Ohio State University

Washington Irving fue Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos ante la Corte de España entre 1842 y 1846, unos años tan cruciales para nuestra historia como la minoría de Isabel II, la Regencia y caída de Espartero, la accesión al trono de la joven reina y los debates en torno a su matrimonio. En otro trabajo[1] me he referido al juicio que mereció la inestable política española de aquellos años al antiguo enamorado de la Alhambra, cuyas cartas revelan asombro, incomprensión y lástima. En ellas da también coloristas y detalladas noticias del mundillo cortesano y diplomático, que conoció bien y que, al parecer, le atrajo tanto. Este artículo complementa el anterior pues, a mi parecer, destaca fascinantes aspectos de la intrahistoria de aquel mundo y de la vida del propio autor de los *Cuentos de la Alhambra*.

Podrían sorprender estas cartas tan detalladas y extensas dirigidas principalmente a sus sobrinas y a su hermana, en las que casi con las mismas palabras les da noticias de un lejano país que desconocen, y que quizá terminen por resultarles reiterativas y tediosas. Pero el propósito primordial de estas cartas, aparte de mostrar, no sin cierta vanidad, su destacado lugar en el mundo cortesano madrileño, parece haber sido el de ir acumulando materiales para que alguien en el futuro, en este caso su sobrino Pierre, escribiera su biografía[2].

---

1 - García Castañeda, Salvador «Washington Irving y la joven Isabel II (1842-1846): un testimonio», en prensa.

2 - De hecho, en el «Preface» al vol. I de *Life and Letters of Washington Irving*, Irving pidió a

En el citado artículo me referí a la presentación de las cartas credenciales de Irving como Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos ante la corte de España, a las intrigas de los cortesanos, de la Reina madre desde París, del representante diplomático de Inglaterra, que apoyaba al Regente, y el de la Francia de Luis Felipe, incondicional de María Cristina, así como al frustrado intento de los generales Manuel Concha y Diego de León de rescatar a mano armada a la pequeña Isabel y a su hermana, a quienes consideraban prisioneras de los liberales.

Irving sintió gran simpatía por el general Espartero, a quien consideraba sincero, más hombre de acción que político, y menos avezado a la intriga que sus adversarios[3]. Aparte de su grupo de generales «Ayacuchos» se fue quedando solo frente a todos pues creía que representaba la voluntad del país, y el creciente descontento en el ejército y entre los progresistas además de la oposición de los moderados dio lugar a una coalición que le llevaría al exilio. En Cataluña acusaban a Espartero de hacer una política librecambista que arruinaría la industria textil pues favorecía la entrada de géneros ingleses en perjuicio de los catalanes. La demolición de la Ciudadela de Barcelona por la Junta Popular de 1841 y la violenta reacción revolucionaria de los extremistas republicanos con el pretexto de una menuda cuestión de consumos le llevó a cercar y bombardear la ciudad y a imponerle una gran multa. Cuando salió con sus tropas para Barcelona Irving hizo de él un retrato que tiene las resonancias heroicas de las pinturas románticas de historia. El Regente salió a caballo del palacio de Buena Vista con su Estado Mayor, mientras el aire resonaba con la música de las bandas militares:

> de porte marcial, iba de gran uniforme y sombrero de altísimas plumas, y montaba un noble corcel gris de hermosa crin y una sedosa cola que casi barría el suelo [...] volviendo al centro de la explanada, desenvainó el sable, hizo un gesto para hablar, y al instante reinó un profundo silencio sobre el nutrido cuerpo de tropas y los miles de espectadores. Cabalgando hacia delante y hacia atrás como unas treinta yardas, el Regente blandió el sable y arengó a las tropas con voz tan alta y tan clara que sus palabras podían oírse a gran distancia.

---

su sobrino Pierre, el autor del libro, que escribiera su biografía, y para ello le facilitó gran cantidad de materiales como diarios, notas y cartas familiares y a otros corresponsales, además de las dirigidas a su amigo Henry Brevoort; Pierre contribuyó con más cartas recogidas entre otros amigos de Irving (1863, 6). Las traducciones son mías.

3 - Para Raymond Carr, los vicios políticos de Espartero fueron su *hubris* y su ingenuidad [«His political vices were hubris and naiveté»], CARR, Raymond, *Spain 1808-1939*, Oxford, Oxford U. P. , 1982, p. 221.

Irving añade que un cuervo cruzó volando sobre las tropas, y esto se interpretó, incluso en los periódicos, como un mal augurio (1511. A Catharine Paris. Madrid, 20 de Noviembre de 1842). Justificó después las acciones del Regente para sofocar la insurrección de Barcelona aunque reconocía que lo fue de manera desacertada y excesiva; y seguía creyendo en su sinceridad y en sus buenas intenciones aunque no le consideraba suficientemente astuto políticamente para evitar las traidoras asechanzas de sus enemigos (1535. A Sarah Storrow. Madrid, 5 de Enero de 1843).

El impopular decreto de disolución de las Cortes el 26 de mayo de 1843 dio pie a numerosos pronunciamientos en varias ciudades, en Barcelona se formó un gobierno provisional del Reino presidido por Serrano, los generales moderados avanzaron contra la capital y derrotaron a los progresistas en Torrejón de Ardoz. Antes de aquel encuentro Madrid vivía con la incertidumbre y el temor de sufrir un sitio o un asalto. La Milicia Nacional, que era incondicional de Espartero, estaba convencida de que las tropas de Narváez serían derrotadas por las leales, y la condesa de Mina que vivió muy de cerca aquellos sucesos, escribe que el pueblo gritaba ¡Viva la Constitución! pero que el ejército no le contestaba. A medida que se acercaban las tropas de los pronunciados aumentaba en la capital el temor ante una inminente batalla sangrienta, la derrota de los esparteristas y la entrada de los invasores. El país vivía en confusión y alarma pues cada vez se pronunciaban más ciudades contra el gobierno, y había cuerpos de tropa en movimiento. El día 12 de julio las fuerzas del general Aspiroz estaban en Puerta de Hierro, en Madrid se declaró la ley marcial y a Irving debemos una colorista descripción de la vida en la capital en aquellos días, de la que estos pasajes revelan sus dotes de observador y de costumbrista:

> A poco la Milicia Nacional comenzó a aparecer por todas partes, apresuradamente equipada y corriendo hacia sus puestos, y las mujeres llevaban a sus niños a casa como las gallinas que cubren a sus polluelos bajo el ala cuando se acerca un halcón. Dentro de poco se reunieron diez y ocho mil hombres armados dentro de la ciudad, todas las puertas estaban guarnecidas fuertemente y las principales plazas llenas de tropas y con cañones emplazados al principio de las calles que desembocaban en ellas. Las tiendas estaban cerradas, las calles desiertas y silenciosas y quienes no estaban de servicio procuraban permanecer en casa. La ciudad estaba iluminada toda la noche como suele ocurrir en los movimientos populares para que el enemigo no aproveche la oscuridad para conseguir sus fines

> [...] A medida que avanzaba la noche atravesé las principales calles, las casas estaban iluminadas de alto en bajo, pasaba poca gente por la calle pero había grupos en cada puerta; las tropas patrullaban por todas partes y en las principales plazas había puestos de mando, con los oficiales y sus hombres acampados en el suelo. La aparición de un ruidoso coche por las calles atrajo la atención de todos pero nadie me molestó. Fui a casa de Madame Albuquerque, tomé allí el te y volví a casa hacia las 11. Nunca había visto Madrid bajo circunstancias tan sorprendentes y pintorescas. (1604. A Sara Storrow. Madrid, 14 de Julio de 1843)

Irving pudo apreciar el combativo espíritu de las tropas apostadas en ventanas y balcones para disparar desde allí al enemigo y defender la ciudad calle por calle hasta el palacio real, el último reducto en el que estaban las princesas y donde se había refugiado la esposa de Espartero. Como el cuerpo diplomático temía por la seguridad de aquellos seres indefensos [«these helpless little beings»] se ofreció a acudir al palacio y permanecer allí como salvaguardia de las princesas pero, según Irving, el ministerio consideró que estaban bien protegidas por el pueblo de Madrid[4].

Tras la temida batalla, que no pasó de ser una breve escaramuza, Narváez entró en Madrid a tambor batiente a las once y media de la noche, la ciudad quedó ocupada militarmente, y la Milicia Nacional, desarmada. Los vencedores organizaron un desfile en la explanada del Palacio Real con sus tropas, llegadas desde diversas partes de España; entre ellas estaba el somatén catalán que trajo Prim, y que causó viva impresión a juzgar por diversos testimonios. Para Irving:

> Muchos de ellos estaban cansados, sucios y tostados por el ardiente sol bajo el que habían marchado. Lo más curioso de este espectáculo militar era la legión catalana, formada por hombres que más parecían bandidos que soldados, vestidos a usanza casi árabe, con mantas como las de los caballos echadas al hombro, gorros rojos y espardeñas ["hempen socks"] en lugar de zapatos. En realidad son poco menos que bandidos los de esta raza fiera y turbulenta que son los catalanes. Estuve más de una hora viendo pasar aquellas insurgentes legiones que hasta hace poco invadían el país y amenazaban la capital pero que ahora gracias a los vaivenes de la política se

4 - Irving redactó la nota en representación de los demás diplomáticos y fue acusado después de haber sido manipulado por el encargado de negocios francés o el ministro inglés. Los periódicos de Madrid no recogieron esta oferta (1605. A Sarah Storrow. Madrid, 18 de Julio de 1843).

han convertido en leales soldados que desfilan pacíficamente por delante del palacio real y dan vivas a la Reina (1617. A Catarine Paris. Madrid, 10 de Agosto de 1843)[5].

Espartero se hallaba en el sur adonde había ido a sofocar uno de aquellos pronunciamientos y al conocer la entrada en Madrid de sus enemigos embarcó en Cádiz para Inglaterra, Irving seguía creyendo en las buenas intenciones del «pobre Espartero» y de haber sido fiel a la Constitución y a la Corona. En aquellas circunstancias, a título personal, (y esto dice mucho de la sinceridad de sus principios) visitó a la duquesa de la Victoria, caída en desgracia y a punto de abandonar el país.

Conocido es el episodio en el que el ministro de Estado Salustiano Olózaga, uno de los líderes de la coalición que derrotó a Espartero, fue acusado de obligar a la reina a firmar el decreto de disolución de las Cortes, lo que motivó su caída y exilio. Aunque Washington Irving opinaba que Olózaga era un intrigante de poco fiar [«a shifting, intriguing politician»] le consideraba capaz y astuto [«a shrew, able man»] y creía que aquel episodio fue el resultado de un complot de sus enemigos moderados. Como informaba al Secretario de Estado norteamericano, se produjeron tumultos populares al grito de ¡Viva Espartero! ¡Viva el pueblo soberano! ¡Muera Narváez!, y los moderados decidieron gobernar con mano de hierro. (1648. a A. P. Upshur, Secretary of State. Madrid, 8 de Diciembre de 1843). Y confiaba a su sobrina Sarah que tales fluctuaciones y cambios hacían de la política de aquel desdichado país «un enigma, un tejido de confusiones y un motivo de burla. Comienzo a perder la esperanza –decía– de la regeneración, la prosperidad y la dignidad de España» (A Sarah Storrow, Madrid, 20 de Diciembre de 1843).

El autor de los *Cuentos de la Alhambra* sintió por la infanta Isabel, a la sazón de doce años una duradera simpatía y se refería repetidamente a ella en sus cartas como «la pobrecita reina», [«the poor little Queen»]. En esta ocasión le preocupaba la peligrosa situación en la que se hallaba (1645. A Sarah Storrow. Madrid, 2 de Diciembre de 1843), y el que estuviera acusada de falsedad y manejada por los moderados (1649. A Catharine Paris. Madrid, 10 de Diciembre de 1843). Lamentaba la

5 - Testimonios semejantes son los de la condesa de Mina en *Apuntes para la Historia del tiempo en que ocupó los destinos de Aya de S. M. y Camarera Mayor de Palacio.* Su autora... Madrid, 1910 babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=nip 3210101346126 Hathitrust Digital Library, p. 331; y del general Cordova en *Mis memorias íntimas*, II, Madrid, BAE, v.193, 1966, pp. 111-113.

decisión del gobierno de declararla anticipadamente mayor de edad pues «la reinecita» era inmadura, carecía de experiencia para gobernar y no tenía para aconsejarla a nadie con talento, integridad y devoción a su persona. «Está rodeada de cortesanos intrigantes y aduladores de ambos sexos e incluso sus ministros son desleales» (A Catharine Paris. Madrid, 20 de Enero de 1843).

En el otoño de 1842 escribía a su sobrina Sarah Storrow que Alexander Hamilton, el Secretario de la misión norteamericana, y los attachés Mr. Breevort y Mr. Hector Ames, se aburrían en un Madrid en el que era muy difícil conocer a las jóvenes de su edad (1480. A Sarah Storrow. Madrid, 26 de Septiembre de 1842), y en ocasión de la anunciada visita de un compatriota, le advertía que no esperase divertirse en una España, bastante melancólica, tanto en su aspecto como en sus destinos, «quien conozca otros países de Europa más alegres, elegantes y refinados ha de tolerar mucho al llegar aquí» (1485. A Sara Storrow. 8 de Octubre de 1842). Durante la Regencia de Espartero la aristocracia y el resto de los moderados se mantuvo distante del trono y se negó a mezclarse con los advenedizos nombrados por el Regente, el palacio real estaba vacío y oscuro, «como un convento» según Irving, y el ceremonial de la Corte reducido a un mínimo.

Pero el fin de aquella Regencia trajo profundos cambios en la vida de la Corte, comenzando con la renuncia de Quintana, de Argüelles (a quien siempre se refirió Irving con afecto y respeto) y de la condesa de Mina, encargados de la educación de las princesas. Y en contraste con la frugalidad y la escasez de ceremonias de la corte en tiempos de Espartero, «como en desquite de la estrecha tutela y del avaro régimen a que habían estado sometidas por el adusto Arguelles», como escribe Fernández de Córdova, las dos princesas comenzaron a vestir con gran elegancia e impusieron sus modas a las damas de la corte quienes, a imitación de la reina, encargaron su ropa a las modistas más célebres de París[6].

Las Cortes adelantaron su mayoría de edad, de Isabel II quien subió al trono en 1833 cuando solo contaba trece años; hubo tres días de festejos populares con iluminaciones, bailes, desfiles, y fuentes de leche y de vino mientras que «furtivos grupos de políticos embozados en sus capas mantenían misteriosas conversaciones por los rincones» al tiempo que la

6 - Fernández de Córdoba, Fernando, *op. cit*, pp. 144-145.

multitud reunida por calles y plazas, esperaba expectante el desarrollo de los «acontecimientos» (1648. a A. P. Upshur, Secretary of State. Madrid, 8 de Diciembre de 1843).

Los moderados en el poder rodearon a la futura reina de una camarilla escogida por su madre quien estaba en constante contacto con ella y continuaba sus intrigas desde París. Los salones del palacio estaban ahora colmados de una muchedumbre formada por quienes habían vuelto del exilio, la vieja aristocracia, los generales vencedores –O'Donnell, Narváez, Aspiroz– los antiguos y nuevos cortesanos, los eclesiásticos y los funcionarios, que andaban ahora en busca de prebendas y mercedes. Los cortesanos y la nobleza competían entre ellos con nuevas residencias, carruajes y saraos. Se multiplicaron las recepciones palatinas, las solemnes ceremonias religiosas, los desfiles militares, y las fiestas suntuosas, de modo que:

> «la Reinecita está encantada con la vida de esplendor y lujo que ha transformado su triste corte, y espero que dure este repentino rayo de sol en el Palacio Real». Irving halló a la joven Isabel II por aquellos días con buen aspecto, y bastante rellenita, había crecido mucho [...] y su actitud era digna y agraciada. Pero como este es un país de inesperados y tristes cambios, los elementos de discordia están ya presentes entre los vencedores (1617. A Catharine Paris. Madrid, 10 de Agosto de 1843).

Y el enviado norteamericano confiaba en que la mayoría de edad y el casamiento de la reina resolverían muchos problemas.

La llegada de María Cristina en marzo de 1844 incrementó de manera notable la vida social de la corte, y tras cuatro meses de ausencia de España Irving halló Madrid a su vuelta, «magnífico y alegre» [«quite grand and gay»]. En ocasión de un solemnísimo Tedeum y misa de pontifical oficiada por el Patriarca de las Indias en la capilla del palacio real que presidió la reina sentada en un trono, confesaba Irving «no haber visto nunca una escena de tanta pompa y aparente prosperidad [aunque] con el profundo recelo de que todo aquello era vacío y precario». Pero al mismo tiempo, se entretuvo observando «aquella magnifica escena, las cabezas de las jóvenes que miraban desde las galerías y las ventanas, admirando los relucientes ojos negros de algunas damas con peinetas y mantillas y el agitado movimiento de sus abanicos, tan expresivo de sus espíritus inquietos y nerviosos» (1621. A Catharine Paris. Madrid. 25 de Agosto de 1843).

Cuando asistió a un besamanos en palacio refería que entre la gran cantidad de notables, había una larga línea de damas nobles a la izquierda de la reina «y el resplandor de sus diamantes *casi ocultaba el del sol*» (las cursivas son de Irving). Y en un gran baile que dio Narváez en su palacio, la joven reina se rio mucho, bailó con el General y con varios miembros del cuerpo diplomático y su madre logró al fin llevársela a casa entre las 4 y las 5 de la mañana. El diplomático norteamericano comentaba extasiado que nunca había visto a una chica divertirse tanto en un baile del colegio como ella y describía su elegante y favorecedor vestido blanco y su collar de perlas de seis vueltas con un magnífico cierre de diamantes. (A Catharine Paris, Madrid, 26 de Noviembre de 1844).

Los contemporáneos de María Cristina coincidieron en destacar su encanto, su sonrisa y sus gracias sociales que usaba conscientemente para conseguir lo que pretendía. El enviado norteamericano que conocía sus artimañas y repetidamente se hizo eco en sus cartas de la ambición, doblez y malas artes de la Reina madre parece haber caído también en las redes de aquellos encantos. En un fastuoso banquete con más de cien invitados en el palacio real, «que es el edificio más espléndido que he conocido en Europa», Irving tuvo la oportunidad de hablar con ella, quien estuvo extremadamente afable y graciosa y mostró su fascinante sonrisa. Hablaron de Nápoles y de Sicilia pues ella había nacido en Palermo:

> de hecho, este banquete y el baile de la otra noche me han dado la oportunidad de ver a la Real Familia como realmente es y he tenido una impresión muy favorable de la joven reina. Siempre había oído alabar su amable carácter por quienes la tratan pero no tenía idea de que es tan sinceramente alegre [...] Casi olvidaba contarte que en esta ocasión la Reina y su hermana llevaban unos vestidos de brocado floreado sobre fondo blanco y en la cabeza coronas de rosas y diamantes. El de la Reina Madre era de terciopelo violeta, tenía en la cabeza una tira de diamantes y el pelo recogido detrás en una coronita también de diamantes (1784. A Catherine Paris. Madrid, 26 de Noviembre de 1844).

Entre los acontecimientos sociales, esta vez luctuosos, estuvo la muerte de la Infanta Luisa Carlota, esposa del Infante don Francisco y tía de la Reina, una mujer de enorme ambición y extremadamente antipática, quien murió a los 39 años de una pulmonía fulminante. De

los ritos funerales que precedieron a su entierro hizo Irving una vívida descripción realista y unas ponderadas reflexiones moralizadoras:

> Según costumbre española, el populacho fue admitido a visitar la capilla ardiente durante tres días; firmé en la lista de pésame y crucé entre la muchedumbre por una serie de salones decorados con panoplias, adornos funerales, cirios encendidos y filas de silenciosos cortesanos. La difunta princesa estaba de cuerpo presente, con un vestido de gala de brocado blanco y oro, diadema real y la faz lívida e hinchada.
>
> Te he mostrado, querida hermana, algunas descripciones de la realeza en todo su esplendor, y ahora la ves al polvoriento nivel de la mera mortalidad. Pero hace pocos días vi a esta orgullosa princesa en el Prado con su familia, con un gesto hosco y desdeñoso, sin apenas corresponder a los respetuosos saludos de la elegante multitud que se descubría a su paso. Ahora yacía aquí, expuesta a las miradas de un populacho grosero que hacía comentarios y chistes, se reía y criticaba el funeral espectáculo.» (1678. A Catharine. Paris. Madrid, 9 de Febrero de 1844).

Pero la alegre vida cortesana seguía su curso. En la primavera de 1844 se celebró la boda de Francisca, una hija de la condesa de Montijo, con el duque de Alba, fue un gran acontecimiento y los regales de la novia, todos de ropa, estuvieron valorados en 20.000 dólares. «Había pañuelos de encaje que no eran para usarse, que costaron cien o doscientos dólares cada uno y que hicieron palidecer de envidia a varias señoritas. Se dice que la duquesa es una de las jóvenes más felices y mejor vestidas del mundo, por eso es detestada ya en el *beau monde*» (A Mary Irving, Madrid, 15 de Marzo de 1844). A principios de 1845 Madrid se había convertido en una alegre capital en la que las óperas, las cenas, los bailes y el teatro de aficionados apasionaban al mundo elegante. Se representó en el Liceo *El español en Venecia* de Martínez de la Rosa, con asistencia de la familia real y el cuerpo diplomático, y al cabo de dos días hubo un concierto en el mismo sitio. Poco después habría una rifa de labores de aguja, bordados y dibujos hechos por la reina, las princesas y las damas nobles, y cantaría la bella Leocadia Zamora[7]. El tenor Moriani y la *prima donna* Tozzi cantaron *Lucrezia Borgia* en el teatro de la Cruz, la condesa de Montijo dio un gran baile en su palacio, al que asistió lo más florido de la alta sociedad, y

7 - La cubana Leocadia Zamora, millonaria, bellísima y gran cantante de ópera, era íntima de Francisca y Eugenia, las hijas de la marquesa de Montijo. Irving hace una gran alabanza de ella a Sarah Storrow en carta de Madrid del 16 de marzo de 1844.

hubo otro en el del marqués de Miraflores. Irving asistió también a varias representaciones caseras de *tableaux vivants*, otro entretenimiento muy a la moda entre la alta sociedad de entonces[8].

También las fiestas de Carnaval de aquel año de 1845 fueron excepcionalmente brillantes y quienes formaban parte de la alta sociedad madrileña compitieron entre sí para dar cenas y bailes a cual más fastuosos, como los de Narváez en su palacio. En el que dio la marquesa de Miraflores en sus grandes salones, «los vestidos de las señoras fueron muy alabados y éstas lucían un derroche de diamantes, pues –como explica Irving a su corresponsal americana– en viejas aristocracias como la española, las señoras van engalanadas con joyas que han estado en la familia por muchas generaciones» (1804. A Sarah Storrow. Madrid, 18 de Enero de 1845). Mrs. O'Shea, la esposa de un rico banquero irlandés, dio un gran baile de carnaval para niños, y las fiestas concluyeron con un baile de disfraces en el palacio de la condesa de Montijo, algunos de los cuales describió Irving con gran detalle. (1812. A Sarah Storrow. Madrid, 14 de Febrero de 1845). Y a principios de verano hubo una corrida de novillos patrocinada por la condesa de Montijo, en la que torearon varios diplomáticos extranjeros. [A Sabina O'Shea, Madrid, 15 de Junio de 1845].

Pero el brillo de la Corte, la alegría de las fiestas y la magnificencia y el lujo de la familia real y de los cortesanos apenas ocultaban la inestabilidad política, las maquinaciones de los representantes de Inglaterra y Francia, las complicadas negociaciones sobre el futuro matrimonio de la Reina, las conjuras dentro y fuera del país y, sobre todo, la fluctuación de los fondos y la desastrosa situación financiera.Y en un despacho al Secretario de Estado de su país, informaba Irving que a pesar de que el ministro de Hacienda Alejandro Mon era capaz y honesto tenía que enfrentarse con la imposible tarea de reducir el inmenso caos de la deuda nacional, y de los abusos administrativos contando para ello con pocos fondos, escaso crédito público y la lejana esperanza de conseguir un préstamo. Sin embargo comenzaba a desarrollarse el espíritu de empresa, iba entrando

8 - Los *tableaux vivants* imitaban esculturas y cuadros de autores conocidos o escenas de la vida real dentro de un escenario o del marco propio de una pintura. Quienes los representaban permanecían inmóviles sin hablar ni moverse durante el tiempo de la representación y vestían la ropa propia del tema o mallas para fingir el desnudo. Estuvieron muy de moda entre la clase alta en la Europa del XIX.

capital extranjero y se formaban compañías de ferrocarriles y mineras; y el enviado norteamericano pensaba que si pudiera haber algunos años de paz y un gobierno tolerable España podría elevarse al nivel de los demás países de Europa. (1878. A James Buchanan, Secretary of State. Madrid, 25 de Junio de 1845).

Irving tuvo gran simpatía por Narváez, al que consideraba en carta al Secretario de Estado norteamericano, un militar «honesto aunque limitado en su visión política, sagaz y con experiencia práctica aunque poco instruido e informado, de fuertes pasiones, gran valor y acción pronta y enérgica, un verdadero español por su orgullo y su particular sentido del honor aunque sin arrogancia y muy cortés en privado» (1713. A John C. Calhoun, Secretary of State. Madrid, 6 de Mayo de 1844). Y aunque criticaba repetidamente en su correspondencia su poder dictatorial defendía su oposición a la política de la Reina madre, quien era crecientemente impopular por sus negocios personales y sus intrigas cerca del Vaticano. Con los años, Cristina se había vuelto muy devota y trató de devolver al clero las propiedades y el poder que había tenido durante el régimen fernandino, e influida por «la facción más reaccionaria del clero favorece las medidas más absolutistas y apostólicas»; Narváez se opuso a ello, decidido a defender la Constitución tanto frente a los apostólicos como a los radicales (1815. A Catharine Paris. Madrid, 19 de Febrero de 1845). Y en abril del 46, informando a James Buchanan sobre la caída de Narváez, alababa su gestión y condenada la ingratitud de la Reina madre y el comportamiento cobarde y bajo de la corte (A James Buchanan, Madrid, 8 de Abril de 1846).

La primera vez que Irving estuvo en España perteneció en Madrid a un estrecho círculo de amigos norteamericanos en torno a las tertulias de la Marquesa de Casa-Yrujo, del embajador Everett, y del bibliófilo Obadiah Rich[9], y por visitantes como Slidell Mackenzie, el autor de *A Year in Spain*, o el poeta Longfellow, y más adelante mantuvo una estrecha relación con varios miembros de la misión diplomática rusa. Cuando viajaba por España llevaba cartas de recomendación para los cónsules y comerciantes americanos e ingleses, así como para los

9 - Obadiah Rich fue Cónsul de los Estados Unidos en Mahón, y en Madrid formaba parte del grupo diplomático norteamericano. Fue un gran bibliófilo y reunió una extraordinaria colección de libros raros y curiosos sobre España y América, que generosamente dejaba consultar y prestaba a Irving y a otros estudiosos.

eclesiásticos y militares españoles, quienes le referían a sus colegas en otros lugares. La mayor parte de sus amigos en Sevilla formaban parte de un reducido grupo de la colonia inglesa y, como revelan sus diarios y sus cartas, aunque hablaba español y mantenía una relación cordial con los españoles, entre los que era bien recibido, prefirió siempre la compañía de los angloparlantes.

En esta segunda estancia nombra repetidamente en sus cartas a miembros ilustres de la realeza, de la nobleza y de la diplomacia a cuyas fiestas era invitado como representante de los Estados Unidos y con quienes mantenía excelentes relaciones sociales. Pero aquella brillante sociedad formada en su mayoría por nobles y políticos intrigantes, y por diplomáticos extranjeros que permanecían pocos años en el país, era poco propicia para hacer amistades duraderas. Irving tuvo buenos amigos españoles, aunque pocos y esos adquiridos durante su primera estancia en España; el más íntimo, sin duda, sería el Duque de Gor[10], quien en 1842 era un personaje muy destacado entre los moderados y vivía en Madrid, y quien a los pocos días de llegar Irving a fines de Julio de 1842 fue a visitarle y darle un abrazo. También cuenta que cuando asistió a un espléndido baile dado por la condesa de Montijo, una de las aristócratas más destacadas de Madrid, ésta le saludó con gran afecto pues era la viuda del conde de Teba (y luego de Montijo), a quienes Irving había tratado en Granada (1543. A Sara Storrow. Madrid, 15 de Enero de 1843). Las niñas de entonces destacaban ahora entre las jóvenes más elegantes de Madrid; Francisca se casaría en breve con el Duque de Alba y Eugenia con Napoleón III, Emperador de los franceses[11].

Otra amistad de los antiguos tiempos, que llegó a ser íntima, fue la de Mrs. O'Shea, a quien conoció en 1825 cuando la que entonces era Isabel Hurtado de Corcuera frecuentaba las tertulias de la marquesa de Casa Irujo, de los Everett y de los Rich. Irving volvió a encontrarla en Madrid casada con John O'Shea, un próspero banquero irlandés establecido en

10 - Durante su estancia en Granada, Washington Irving intimó con el aristócrata granadino Mauricio Alvarez de Bohorques. Duque de Gor, quien residía en Granada, le abrió su gran biblioteca y le consiguió acceso a la de los Jesuitas. Veanse la carta a Peter Irving, Granada, 9 de mayo de 1829; *Letters* II: 411-412, y Claude G. Bowers, *The Spanish Adventures of Washington Irving*, pp. 121-123.

11 - Irving conoció en Málaga a William Kirkpatrick, escocés de nacimiento y americano de adopción, a la sazón cónsul de Estados Unidos en aquella ciudad. Su hija estaba casada con el conde de Teba (más tarde Marqués de Montijo), inválido de guerra; vivían en un castillo cerca de Granada y tuvieron dos hijas, Francisca y Eugenia.

España. Esta señora y la norteamericana Madame Albuquerque[12], esposa del Ministro Plenipotenciario del Brasil, fueron las grandes amigas y consejeras de Washington Irving, a quienes visitaba constantemente y de cuyos consejos dependía en lo referente a su vida social. Como escribía a Sarah Storrow, «Mañana habrá una cena de confianza en casa de mis amigos los O'Shea, en donde siempre lo paso muy bien. De hecho, Madame O'Shea y Madame Albuquerque son mis grandes recursos, viven en alas opuestas del palacio del duque de San Lorenzo, donde yo viví cuando llegué. Veo a la una o a la otra casi cada día, y mi coche está parado por horas ante su puerta. O'Shea es un afectuoso irlandés que ha vivido muchos años en Madrid (le conocí en 1825) y se ha hecho muy rico con la banca y contratos con el gobierno» (1804. A Sarah Storrow. Madrid, 18 de Enero de 1845). Como representante de los Estados Unidos Irving tenía que dar cenas y fiestas diplomáticas y sociales en su residencia y cuenta que solía encargar de organizarlas a Madame Albuquerque, «que es como una sobrina para mí, y que vino para supervisar la organización de la mesa y la situación de las habitaciones» (1665. A Sarah Irving, Madrid, 19 de Enero de 1834). Y confesaba que «Cuando ella [Mrs. Albuquerque] y usted [Mrs. OShea] no están en Madrid me encuentro totalmente perdido» (A Sabina O'Shea, 18 de Abril de 1846, *Letters* IV).

No deja de sorprender que durante los cuatro años de su estancia en España Irving no volviese a Granada; cuando sus antiguos vecinos y sirvientes de la Alhambra supieron por algún visitante que estaba en Madrid le escribieron emocionados, y posteriormente supo de ellos en varias ocasiones. El duque de Gor solía traerle sus noticias y recibió cariñosas cartas de alguno de ellos. Las de Mateo, «mi viejo escudero de la Alhambra» [«my old Squire of the Alhambra»], «son unos garabatos que me cuesta descifrar tanto como si fuera un obelisco [?] egipcio» (1535. A Sarah Storrow. Madrid, 5 de Enero de 1843). No hay duda de que Irving recibiría aquellas noticias con agrado pues así se lo escribe a su hermana y a sus sobrinas pero sus cartas no registran si contestó a los granadinos o les envió algún regalo[13].

12 - José Francisco de Paula Cavalcanti de Albuquerque era Ministro del Brasil su esposa pertenecía, a la familia Oakey de Nueva York.

13 - Mateo Ximénez era ya entonces el cicerone de la Alhambra, Miguel Jose Molina, «primo y ahora esposo de Dolores la de los bellos ojos, viven con la tía Dolores en un pueblo de Granada donde él es médico» (1441. A Catharine Paris, Madrid, 30 de Julio de 1842); y una pareja americana que volvió de Granada le trajo noticias de algunos de aquella familia (1716. A Sarah Storrow. Madrid, 10 de Mayo de 1844).

Aquellas espléndidas fiestas, que agradaban tanto al ministro norteamericano, los paseos por el Prado, las comidas y cenas con amigos y la asistencia a la ópera revelarían que Irving estaba plenamente integrado en la vida social del Madrid de su tiempo. Pero frecuentaba un reducido círculo de gente y los mismos lugares y no parece haber expresado interés en conocer otros. No sabemos si los nobles españoles, como afirma en sus cartas, no querían intimar ni recibir en sus casas a los diplomáticos extranjeros aunque, en su caso lo hizo más de uno. Se hallaba muy a gusto entre estos últimos, con los que llegó a anudar muy buenas amistades aunque sus preferencias estuvieron con los angloparlantes, y se lamentaba de que apenas hubiera norteamericanos en Madrid. Y en una carta a su amiga Sabina O'Shea confiesa que a pesar de la gran amistad que le une con los Albuquerque, no le apetece ir a sus cenas de los domingos porque «en general todo el mundo habla en español y aunque lo entiendo muy bien, me cuesta bastante hablarlo, y detesto conversar cuando me he de esforzar en hacerlo» (A Sabina O'Shea, Madrid. 18 de Abril de 1846], *Letters* IV). Como es sabido, entre 1842 y 1846 había en Madrid una intensa vida literaria; Quintana y Lista continuaban impartiendo su magisterio, se representaban las obras teatrales del Duque de Rivas, Zorrilla, Hartzenbusch, García Gutiérrez, Ventura de la Vega y Rodríguez Rubí, *El señor de Bembibre* de Gil y Carrasco encabezaba la novela histórica, y 1841 se conoció después como el *annus mirabilis* de la poesía romántica. Los artículos de costumbres que habían dado a conocer Mesonero Romanos, Larra y Estébanez Calderon proliferaban en las revistas, algunas de tan alto nivel literario como el *Semanario Pintoresco* y *El Laberinto,* y los miembros más destacados de la sociedad y de las letras pertenecían a asociaciones culturales como *El Ateneo* y el *Liceo* donde se daban conferencias y cursos, conciertos y teatro de aficionados.

Irving iba con frecuencia a la ópera, de la que gustaba mucho, pero no al teatro a ver obras españolas y no queda constancia en estos diarios ni en estas cartas de haberse relacionado con escritores y artistas españoles ni en haberse interesado en hacerlo. Tuvo una relación oficial con Argüelles y con Martínez de la Rosa, y mencionaba una visita de Quintana y una cena con angloparlantes en la que estuvo presente «Mr. Gayangos, a Spanish Gentleman» (1701. A Sarah Storrow. Madrid, 13 de Abril de 1844).

Durante su primera estancia en España, y al parecer a través del entonces Ministro plenipotenciario norteamericano Alexander Everett

conoció a Bohl de Faber en el Puerto de Santa María, y consecuentemente a su hija la marquesa de Arco Hermoso en Sevilla. Con ambos mantuvo una excelente relación amistosa y se ha sugerido que la futura Fernán Caballero influyó literariamente sobre Irving[14].

También conoció a Frances Calderón de la Barca, la autora del famoso libro *Life in Mexico*. Frances Erskine Inglis era una escocesa que emigró a los Estados Unidos, fue maestra en Staten Island, en Boston y en Baltimore, y se casó en 1838 con Angel Calderón de la Barca, ministro plenipotenciario de España en Estados Unidos (1835-1839 y 1844-1853) y en Méjico (1839-1841). En carta a su sobrina Sarah Storrow Irving se refiere elogiosamente a ella como una persona inteligente, vivaz y con agradable talento, autora de un «animado libro acerca de su estancia en Méjico, que te recomiendo que veas. Es una persona que me agrada mucho». Además Francis estaba en constante contacto epistolar con su común amigo William H. Prescott, de cuya *Conquest of Mexico* le había prestado las pruebas de imprenta (1654. Madrid, 20 de Diciembre de 1834).

Con excepción de ese mundo diplomático y cortesano, de los demás españoles no sabemos nada y, aparte de algunas pintorescas escenas como la entrada de Narváez tras el encuentro de Torrejón, tampoco nada de la vida diaria en aquel Madrid tan vital entonces. Además de mencionar a sus criados cuando cumplen bien o mal, Irving no parece tener contacto directo con quienes no son de su círculo; y a juzgar por la cantidad y extensión de sus cartas y por algunos comentarios suyos parece que pasaba gran parte del día en casa. Mantiene vivas, eso sí, sus dotes de observador, su sensibilidad ante el paisaje y su atracción por lo pintoresco, y sus observaciones recuerdan a las de los diarios de sus tiempos de viajero romántico. Se podría decir que el suyo es ahora un costumbrismo urbano y de las clases altas, cercano en muchas ocasiones, a las crónicas de sociedad que retratan el modo de vivir y las costumbres de aquellas.

Washington Irving gustó mucho de la amistad de las mujeres, incluso dentro de su propia familia, pues la mayoría de sus cartas, tan numerosas

14 - Williams, Stanley T., «Washington Irving and Fernán Caballero», *Journal of English and Germanic Philology*, July, 1930; Hespelt, E. H., and Williams, Stanley T., «Two Unpublished Anecdotes by Fernán Caballero Preserved by Washington Irving», *MLN*, 49, January 1934, pp. 25-31; y Hespelt, E. H. and Williams, Stanley T., «Washington Irving's Notes on Fernán Caballero's Stories», *PMLA*, 49, December 193, pp. 1129-1139.

como extensas, son para su hermana y a sus dos sobrinas. Durante su primera estancia en España contrajo gran amistad con el Ministro de Rusia y mantuvo una relación afectiva con su sobrina, la joven Antoinette Bolviller, a quien escribió durante su viaje a Andalucía «las cartas más hermosas que escribió nunca».

En los años cuarenta era un sesentón, seguía soltero y acosado de tiempo en tiempo por enfermedades y achaques, y había perdido los deseos de aventuras amorosas y de matrimonio, si es que alguna vez los tuvo. Su laudatoria descripción de damas y jovencitas resulta un tanto convencional y genérica, como la de la duquesa de la Victoria, «una de las mujeres más apuestas que he conocido en España», o la de la marquesa de Santa Cruz, «una de las más inteligentes y hábiles de la antigua nobleza cuyos modales son a la vez elegantes y afables». Y de hecho, se detiene más y con más detalle en la descripción de sus ropas y de sus joyas que en la de sus encantos físicos.

Tras la apariencia del escritor famoso y el diplomático amable y mundano Washington Irving fue un hombre melancólico para quien la correspondencia con los suyos habría sido el cordón umbilical que le unió a su familia y a su patria. En el último año de su estancia en España el proceso de su marginación voluntaria parece haberse incrementado y en una ocasión confesaba a su sobrina Sara Storrow haber sido toda su vida un observador y un solitario quien, con excepción de aquellos pocos a quienes amaba, prefirió sus propios pensamientos y sus propios sueños, tan melancólicos a veces (1843. A Sarah Storrow, Madrid, 11 de Abril de 1845). El autor de los *Cuentos de la Alhambra* seguía siendo un expatriado en aquel Madrid tan aislado y tan lejano, sin más consuelo que la compañía de los jóvenes funcionarios de la Legación, la lectura de las cartas que recibía de parientes y amigos, y las escasas visitas de algunos norteamericanos de paso.

Estas son las cartas de un hombre que da por terminada su función en la vida y que revelan la pérdida de unas ilusiones sustituidas ahora por bellos recuerdos: «Cuando era joven mis pensamientos me llevaban a imaginar el futuro y a hacer castillos en el aire pero ahora los recuerdos han ocupado el lugar de la imaginación y evoco el camino que he recorrido» (1835. A Sara Storrow. Madrid. 27 de Marzo de 1845).

Bibliografia representativa

Bowers, Claude G., *The Spanish Adventures of Washington Irving*, 1940.

Carr, Raymond, *Spain 1808-1939*. Oxford, Oxford U. P. , 1982.

Durán, José Antonio (ed.), Los Vega. *Memorias íntimas de Juana de Vega, Condesa de Espoz y Mina*. Coruña, 1805-1872, Madrid, Imprico, 2006.

Fernández de Córdoba, Fernando, *Mis memorias íntimas*, II, Madrid, BAE, 1966, v.193.

García Castañeda, Salvador, "Acerca de George Washington Montgomery, Washington Irving y otros hispanistas norteamericanos de la época fernandina", En *Ideas en sus paisajes. Homenaje al Profesor Russell P. Sebold*, Universidad de Alicante, 1999, pp. 195-201.

García Castañeda, Salvador, "Presencia de Washinmgton Irving y otros norteamericanos en la España Romántica (1826-1846)", *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, LXXXVII, 2011, pp. 112-124.

Gifra-Adroher, Pere, *Between History and Romance. Travel writing on Spain in the early Nineteenth-Century United States*, Fairlehigh Dickinson U. P., 2000.

Irving, Pierre M., *Life and Letters of Washington Irving*, New York, G. P. Putnam, 441 Broadway, 1862-1864, 4 vols., 1863.

Aderman, Ralph, L., Kleinfield, Herbert L. et Banks, Jenifer S. (eds.), *Washington Irving, The Complete Works of Washington Irving, Letters, III, 1839-1845*, Boston, Twayne Publishers, 1982.

Aderman, Ralph, L., Kleinfield, Herbert L. et Banks, Jenifer S. (eds.), *Washington Irving, The Complete Works of Washington Irving. Letters IV, 1846-1859*. Boston: Twayne Publishers, 1982.

Aderman, Ralph, L., Kleinfield, Herbert L. et Banks, Jenifer S. (eds.), *Washington Irving, Letters* (Ralph M. Aderman, Herbert L. Kleinfield and Jennifer S. Banks, eds.). Boston: Twayne Publishers, 1978, 4 vols.

Bowden, Edwin T. ed., *The Complete Works of Washington Irving* Vol. XXX. *Bibliography*, Boston, Twayne Publishers, 1989.

Trent, William P. , Hellman, George S., eds. *Washington Irving, The Journals of Washington Irving (From July, 1815, to July 1842)*, Boston, MCMXIX [1919].

Wright, Nathalia, ed., *Washington Irving, Journals and Notebooks*, 4 vols., U of Wisconsin Press, 1969-1986.

Pando Fernández de Pineda, Manuel, Marqués de Miraflores, *Memorias del reinado de Isabel II* , 3 vols. Madrid, Ediciones Atlas, 1965.

Penney, Clara Louise, «Washington Irving in Spain. Unpublished Letters Chiefly to Mrs. Henry O. Shea, 1844-1854», *Bulletin of the New York Public Library*, LXII, December 1958, pp. 615-631; XIII, January 1959, pp. 23-39.

Vail, R. W. G., *The Hellman Collection of Irvingiana. A Catalogue of the Manuscripts and Other material by or about Washington Irving given to the New York Public Library* by Mr. George S. Hellman. New York, The New York Public Library, 1929.

Vega De Mina, Juana, Condesa de Espoz y Mina, *Apuntes para la Historia del tiempo en que ocupó los destinos de Aya de S. M. y Camarera Mayor de Palacio.* Su autora..., Madrid, 1910 babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=nip 3210101346126 Hathitrust Digital Library.

Williams, Stanley T., *The Life of Washington Irving*, New York, Octagon Books, 2 vols, 1971.

Yanow, Lilli A., *Washington Irving as United States Minister to Spain: The Revolution of 1843.* Tesis doctoral inédita, New York University, Dissertation Abstracts International, XXX, 3420A-3421A.